

PARERGA IV¹

Juan Gil
Universidad de Sevilla

Notas a Ar. *Au.* 507 ss. = Hor. *Serm.* 1. 7, 28 ss., a algunas inscripciones romanas de Hispania (*HEp* 1999 n° 12, 239, 298, 537), al tratado medieval *Quinque claves sapientiae*, a la *Crónica mozárabe del 754*, 31 = Santob de Carrión y a Verg. *Ecl.* X = penúltimo capítulo del *Quijote*.

Notes to Ar. *Au.* 507 ss. = Hor. *Serm.* 1. 7, 28 ss.; to some Roman inscriptions of Spain (*HEp* 1999 n° 12, 239, 298, 537), to the medieval treaty *Quinque claves sapientiae*; to the *Muzarabic Chronicle of 754*, 31 = Santob de Carrión and to Verg. *Ecl.* X = last chapters of the *Quichotte*.

1. EL CANTO DEL CUCO

El Pistetero de las *Aves* aristofánicas proclama con toda solemnidad que, en los tiempos de Maricastaña, cuando el cuco² reinaba sobre Egipto y toda Fenicia, los hombres de aquellos países segaban en los campos el trigo y la cebada no bien sonaba el canto característico del pájaro en cuestión (vv. 507 ss.). Y Evélpides remacha la cuestión aduciendo festivamente un dicho antiguo, al parecer: κόκκυ, ψωλὸν πεδίονδε. Estas palabras las explica solícito el escoliasta diciendo que en Egipto había muchos retajados³ y que, no bien se oía el ‘cucú’ del ave,

¹ Quiero agradecer al Prof. D. López-Cañete los valiosos comentarios y sugerencias que ha hecho a este trabajo.

² Sobre el cuco, por carecer del artículo correspondiente el Pauly-Wissowa-Kroll, cf. el breve e incompleto resumen de C. Hünemörder en *Der Neue Pauly* 6 (1999) 882-883: a falta de pan buenas son tortas.

³ Lo mismo anota un tanto ingenuamente Bergler: “erant enim circumcisi, ut constat ex Herodoto 2, 104” (conozco la nota por la edición de W. Dindorf).

todos ellos marchaban al campo; ahora bien, como la palabra *πεδίον* significa también ‘pudendas de la mujer’, la intención de Aristófanes al unir los dos términos soeces (*ψωλός* y *πεδίον*) no habría sido otra que provocar la risa del lector. De esta exegesis lo único que se saca en limpio es que la siega coincide con el canto del cuco y que hay en todo ello un juego de palabras que se nos escapa. Los filólogos modernos han tratado de desentrañar el chiste sacándole punta a la indicación más grosera y rahez del escolista. De creer a van Leeuwen, la expresión, un “*lascivum dicerium*”, significaría “*cucu, stricto telo* [i.e., *rigido mutone*] *inite arva*” [i.e., *cunnos*], siendo *κόκκυ* nada más que “*vocis sonus quo signum certaminis ineundi datur*”; de la misma manera, para D. del Corno “*l’espressione ‘sprepuziati, al campo...’ è chiaro riferimento all’anatomia del rapporto sessuale*”; y, para no prolongar sin necesidad el largo elenco de comentaristas, otro tanto afirma A. H. Sommerstein.

Para aliviar la cabeza, un tanto aturrida por este aluvión de obscenidades que con circumspecta seriedad excogitaron, excogitamos y excogitarán los más sesudos y enlevitados filólogos, conviene un cambio de aires. Pasemos, pues, al cercano mundo itálico, en el que quizá podamos hallar otra clave interpretativa para explicar este pasaje. El comienzo de la frasecita de marras, que tiene todas las trazas de ser proverbial⁴, nos trae a la cabeza otro pasaje que, aparentemente lejano, guarda con la expresión aristofanea una turbadora semejanza si se lo examina con más atención. Horacio en sus *Sermones* (1. 7, 28 ss.) se refiere a las chocarrerías que se entrecruzaban entre viandantes y labriegos de la siguiente manera:

Salso multoque fluenti
Expressa arbusto regerit conuicia, durus
Vindemiator et inuictus, cui saepe uiator
Cessisset magna compellans uoce cuculum.

Puede ser que el insulto que suena aquí sea *cucule*, como sostienen Lejay (haciendo acopio de pertinentes ejemplos) y Kiessling-Heinze. Pienso, sin embargo, que no se puede descartar otra posibilidad muy sugestiva: que el caminante –ya veremos más adelante por qué calla el *durus uindemiator*– imitara el canto del cuco, es decir, que dijera pura y simplemente *cucú*. Así cabe deducir del famoso pasaje de Plinio (*N.H.* 18, 249) citado por los comentaristas, por el que se ve que remedar el canto del cuco (*per imitationem cantus alitis temporariae quem cuculum uocant*) suponía una *exprobratio foeda* que solían hacerse los labriegos cuando podaban las vides (esto es, marzo o principios de abril, según veremos), pues suponía un desdoro –añade el enciclopedista inventándose una historia *ad hoc*– que no se hubiera acabado la poda antes de la llegada del pájaro (*dedecus enim habetur obprobriumque meritum, falcem ab illa uolucres in uite*

⁴ El dicho recuerda la estructura imperativa de otras frases rituales como *ἀλαθε μύσται ο θύραζε κάρεις*.

deprehendi)⁵. Algo de cierto hay en todo ello; mas la verdadera explicación la da un refrán castellano al que aludiré más tarde.

La semejanza con el texto de Aristófanes salta a la vista: la referencia al cuco tiene lugar en la brega de una faena agrícola (en la época de la siembra tardía⁶, de la poda de la vid o de la siega) y, de manera explícita en Horacio y veladamente en Aristófanes, se ve que esta referencia supone ya una befa insultante. Este intercambio de dicterios nos recuerda la procacidad verbal de otros primitivos ritos agrarios, con la que se intenta normalmente estimular la fertilidad y evitar el mal de ojo: el famoso γεφυρισμός que se producía en el paso del río Cefiso, la λοιδορία mujerial que tenía lugar en las fiestas atenienses de los Estenia y los Haloa y la αίσχρολογία de la procesión que se celebraba en los Antesteria⁷. En efecto, κόκκυ no puede ser ni mucho menos una exclamación para exhortar al trabajo, como se sacó van Leeuwen de la manga; en griego la manera de animar a un esfuerzo colectivo fue el grito de εἶα, lanzado primero en solitario por el capataz y después coreado por la cuadrilla de gañanes (cf. e. gr. Ar. *Pax* 459 ss., 486 ss., 518 ss.); y en Ar. *Ran.* 1384 κόκκυ se emplea justamente al revés: para que Esquilo y Eurípides abandonen lo que están haciendo (declamar tiradas trágicas en el burlesco pesaje de versos). Tampoco convence la interpretación de la Suda: Κόκκυ· ἸΑΤΡΙΚῶΣ ἀντὶ τοῦ ταχύ, que parece extraída del contexto. La mofa y el escarnio, en cambio, se usan no pocas veces para espolear a los hombres al trabajo y también —¿por qué no?— para ponerle fin.

“To call a person a cuckoo was an insult”, comenta A. Palmer *ad loc. Horati*. Sí, pero ¿qué tipo de insulto? El escoliasta de Horacio nos lo indica de manera paladina: *Cuculus auis abiecta, quae hoc uitio naturali laborat, ut oua ubi posuerit saepe oblita aliena calefacit; unde rustici sibi obiciunt quasi alieni fetus curam sustinentes*. De esta explicación se deduce que los campesinos, en son de chanza, comparaban el cuco con el marido cornudo que, como el ave empollaba los huevos ajenos, alimentaba como suyos a los hijos de otro. La noticia remonta a Aristóteles⁸, pero el filósofo cuenta una historia algo diferente y más veraz: el cuco se come los huevos de las demás aves y pone los suyos en nidos ajenos, abandonando “como echadizos” (ὡσπερ ὑποβολιμαίους) a sus propios polluelos. Es el otro pájaro, pues, quien podría parangonarse con el marido burlado (sobre ello insistirá, según veremos, Covarrubias), aunque en definitiva la historia y su moraleja siguen hablando de cuernos: oír el canto del cuco pone sobre aviso al hombre casado que faena en el campo —o que está de viaje— acerca de la posible infidelidad de su mujer. En cualquier caso, sea por una razón o por otra, κόκκυ en

⁵ Alciato compuso un emblema sobre este pasaje de Horacio (cf. A. Henkel-A. Schoene, *Emblemata. Handbuch zur Sinnbildkunst des XVI. und XVII. Jahrhunderts* [Stuttgart 1976] 869).

⁶ Hesiod. *Op.* 486 ss.

⁷ Su carácter ritual es negado en el primer caso por L. Deubner (siguiendo a Foucart), que lo acepta sin embargo en los otros tres (*Attische Feste* [Berlín 1932] 73 y 53, 63 y 103 respectivamente). También en los Tesmoforia se desataba la chocarrería de las mujeres (*ibid.* 57).

⁸ *H.A.* 6. 7, 563 a 30 ss. y 8 (9) 29, 618 a 8-30.

griego significa ‘imbécil’, ‘lelo’ (Ar. *Ach.* 598)⁹, el mismo sentido que tiene significativamente en la comedia latina arcaica *cuculus* (Plaut. *As.* 923, 934; *Pers.* 282; *Pseud.* 96; *Trin.* 245), traducido por Lewis-Short como ‘silly’; baste recordar que el marido burlado era conocido en el mimo con el nombre genérico de *stupidus*.

Durante la Edad Media se mantuvo viva la mala fama del cuco, refiriéndose incluso de sus costumbres otras atrocidades tomadas presuntamente de Aristóteles. Según apunta el *Liber de animalibus* de Pedro el Gallego, *cucullus de genere nisi* (el *nisus* equivale al ἰέραξ de Aristóteles) *est, set degeneravit in rusticum; et comedit oua aliarum auium, ut fulice*¹⁰ *et huiusmodi, et ponit ibi sua; cuius filii imitantur simplicitatem paternam: cum adulti sunt, deuorant nutritores suos et necessitate compulsi amplectuntur malicia<m> patrum et perpetrant consimilia*¹¹. Aristóteles se había limitado a consignar que las crías del cuco acababan con los demás polluelos (no con sus *nutritores*), según unos, porque llegaban antes a la comida por su mayor tamaño y, según otros, porque debido a su mayor fuerza los mataban.

Lleguemos dando un largo salto al siglo XVI y detengámonos por un momento en España, pues en ella vamos a encontrar unos inesperados y bienvenidos elementos de comparación. En efecto, el monje cisterciense Claudio de Bronseval recogió en su diario de viaje una escena idéntica a la descrita por Horacio, escena que tuvo lugar en la Extremadura de 1533. Al paso del monje por Arroyo Molinos (19 de marzo de 1533) los labradores y vendimiadores –repárese bien en esta significativa presencia de vendimiadores: la poda se hacía en marzo– se hartaron de gritar a su comitiva “cucú, cucú”, hasta que los franceses les pagaron con la misma moneda, mostrándoles el dedo (el universalmente conocido *digitus infamis*)¹². El editor de Bronseval, dom Cacheril, adujo otro paralelo de 1582: según el embajador de Francia en España, Felipe de Caverel, nuestros antepasados tenían la mala costumbre “de crier les uns après les autres par les chemins *cocu, villano, villaco* et ce qu’ils sçavent songer de pis, cette manière de salutation estant un usage en divers endroits d’Espagne”. El insulto, sin embargo, hubo de tener en origen la misma significación que en Grecia y en Roma. No es el único ritual que ha perdurado siglos. Además de ésta, la arcaizante España ha

⁹ Esta acepción, reforzada por la tradición latina, no aparece en Liddell-Scott-Jones. No me ha sido accesible el artículo de K. Romaios citado por L. Gil, *Aristófanes. Comedias* (Madrid 1995) I, 146, n. 103.

¹⁰ La edición trae *fulipe* sin más indicación. Es muy de lamentar el elevado número de erratas que afean el texto de esta benemérita edición, tan erudita en sus prólogos; a veces incluso reproduce sin corregir lecciones absurdas del manuscrito (así en pp. 90, 29 y 96, 203 *Hunc* por *Hinc*; pp. 91, 30 *primus* por *primun*; pp. 93, 79 *telani* por *telam*), si es que el m. no da en realidad lo correcto.

¹¹ J. Martínez Gázquez, *Petri Galleci omnia quae existant* (Sismel 2000) 107.

¹² “In hoc oppido aliud didici: coloni agrorum et uinearum consueuerunt conclamare contra omnes peregrinos: ‘Cocou! Cocou!’ infatigabiliter, prout fecerunt contra nos. Et factum est quod tunc Dominus stetit in uia fixus. Ideo audaciores effecti, cepimus eos demonstrare digito quo<d> retorquere uolebamus eorum clamores in se ipsos” (*Peregrinatio Hispanica. 1531-1533* [París 1970], II, 604). El editor, M. Cocheril, no parece haber comprendido bien la alusión del dedo: “nous commençâmes à leur montrer du doigt que nous étions bien décidés à leur retourner leurs cris”.

conservado otras tradiciones agrícolas antiquísimas, como la fiesta de la maya o el discurrir de los niños pidiendo dinero por las mismas fechas, enmascarado hoy en la cruz de mayo.

Sea como fuere, el sentido de la burla es otra vez inequívoco. Un cantarcillo burlón reza: “¡Cucú, cucú, cucucú! Guarda no lo seas tú”¹³, cantarcillo que Gonzalo Correas¹⁴, errando en su explicación última, glosa de la siguiente manera: “*Cucú* es la voz y canto del cuclillo repetida, y tiénela el vulgo tomada por ‘cornudo’, y para notar de ella a uno dicen *cucú*, por lo que alude al cuerno, que es su comienzo [i.e., *cu-*]”. La razón la explica cumplidamente Sebastián de Covarrubias¹⁵ que, dando a la historia la etiología correcta, advierte la incongruencia de llamar ‘cuco’ al cornudo: “Es engaño común pensar que al marido de la adúltera le conviene este nombre de cuclillo, siendo más propio suyo el que tenemos dicho en otro lugar de ‘corruco’, de donde se corrumpió el vocablo diciendo ‘cornudo’; y fúndase en historia natural que, siendo esta avecica dicha corruca tan simple que saca los huevos de qualquier otra, poniéndoselos en su nido, el cuclillo de pereza, por no criar los suyos, derrueca en el suelo del nido abaxo los huevos de la corruca, o se los come, y déxale allí los suyos para que se los saque y críe. Esto mesmo haze el adúltero quando la adúltera ha concebido d’él, y el marido cría y alimenta el hijo que pare creyendo ser suyo”. Covarrubias interpreta bien la tradición aristotélica pero yerra al hacer una etimología, imposible, de ‘cornudo’ a partir de ‘corruco’¹⁶. El mismo origen, evidentemente, tienen el francés *cocu* (atestiguado en esta acepción bajo la forma *kuku* en *La Messe des oiseaux* de J. de Condé, de la primera mitad del siglo XIV) y el inglés *cuckold* (*cukeweld* ya en 1250, según el *OED*), razón que aclara la reacción inmediata de los monjes cistercienses, que no tuvieron dificultad alguna en comprender los insultos que les lanzaban los labriegos extremeños.

De ahí proceden las alusiones malintencionadas al cuco en la poesía satírica castellana. Sirva de ejemplo este romance de Quevedo¹⁷:

Como el muchacho en la escuela
Está en el monte el cuclillo,
Con maliciosos acentos
Deletreando maridos.

En el *Poema heroyco de las necedades y locuras de Orlando el enamorado* el mismo Quevedo pone a uno de los personajes el nombre infamante de Cuco

¹³ M. F. Alatorre, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV al XVII)* (Madrid 1987), n° 1817A, p. 882.

¹⁴ *Vocabulario de refranes y frases proverbiales...* (Madrid 1906) 363 a.

¹⁵ *Tesoro de la lengua castellana, o española* (Madrid 1611) f. 252r a.

¹⁶ Este sustantivo ‘corruco’, así como lat. *curruca* y *curucare* (cf. una glosa de 1483 citada en *OED*: “to make cuckewalde: *curucare*”) proceden según Corominas-Pascual (*DCECH*, I, p. 46 a 30 ss.) de una falsa variante en Iuu. *Sat.* 6, 276 (*eruca* π² Q z: *cur(r)uca* codd. plerique, *cucula* c²): la mujer, llamada *curruca*, sería como el pájaro que empolla huevos ajenos.

¹⁷ *El Parnaso español*, 485 (*BAE* 69, 179).

Canario, “cornudo hasta los codos”¹⁸. No cabe duda de que la equiparación del cuco con el marido burlado remonta a una tradición antiquísima que hunde sus raíces en la más remota Antigüedad, mucho antes de que hiciese su aparición la metáfora de los cuernos (conocida ya sin embargo por los griegos del siglo II d.C.)¹⁹. Ésta es, sin embargo, la que ha prevalecido en la actualidad, una vez olvidado el sentido de *Cucú*, tan desgastado en su uso que se emplea hoy en inocentes –antes no tanto– juegos y cantares de niños.

El mismo sentido que en Roma hubo de tener en Grecia, a mi entender, la onomatopeya κόκκυ. Su origen hubo de estar en el mundo de los campesinos: el canto del cuco, pájaro loco y desvergonzado²⁰, avisa a los hombres de que tienen que ponerse a faenar en el campo de sol a sol, abandonando a sus mujeres; y al mismo tiempo los advierte de las fatales consecuencias que puede tener esa ausencia tan prolongada de casa. Es bien comprensible que pronto su canto adquiriera una significación simbólica y fuera adoptado por los labriegos en sus befas y escarnios, rituales o no, atestiguadas en los pasajes citados de Horacio y de Plinio. Un refrán recogido por Correas revela lo que el enciclopedista no quiso o no pudo explicar: “Cuando canta el cuclillo, poda el cornudillo”, glosado como “quiere decir que en abril es tardío el podar, cuando viene el cuco”²¹; y a este refrán cabe añadir otros como “¿Quién poda en abril? El ruín. ¿Quién escarva en mayo? El lacerado” o “Tu viña alabada en marzo la poda y en marzo la acava”²². En abril, pues, el mes en que aparece el cuco²³, sólo poda la viña el cornudo o el ruín, el labriego desconcertado que trabaja en el campo cuando todos descansan en su casa y de quien se burlan los demás campesinos o viandantes gritándole *cucú*: recuerdo de su posible desgracia.

Desde un primer momento, por consiguiente, Aristófanes está dando pistas sobre el rumbo que va a tomar la broma –o parte de ella–. Si todo el chiste versa sobre cuernos, como parece probable, una de dos: ο ψωλός ha de tener entonces

¹⁸ BAE 69, 289 a.

¹⁹ Ese sentido tomaron las alusiones a animales cornudos, el caracol incluido (cf. Quevedo, *El Parnaso español*, 533 [BAE 69, 216 b]). El cabrón como símbolo del cornudo aparece tempranamente: ya en el *Libro del Buen Amor*.

²⁰ Sólo un refrán castellano alaba sus virtudes: “Es libre como el cuco” (Correas, *Vocabulario*, 129).

²¹ *Vocabulario* 371 b.

²² *Vocabulario* 338 a y 425 a respectivamente. Una variante del último refrán es “Viña regalada en marzo la poda y en marzo la acava” (*ibid.* 438 a). Sobre la poda de la vid en Roma cf. Colum. 4.27.5, Plin. *N.H.* 17.200 ss., 265 ss. y los comentaristas a Verg. *Buc.* 2.70.

²³ Son frecuentes los refranes que hacen alusión a este tiempo. Del *Vocabulario* de Correas espigo los siguientes: “Salida de marzo y entrada de abril, si el cuco no viene la fin quiere venir” (243 a); “Si el cuco no canta entre mayo y abril, o él es muerto o la fin quiere venir” (251 a); “El cuco, San Benito [celebrado el 21 de marzo] le trae y San Benito le lleva” (96 b); “En tiempo del cuco, a la mañana mojado y a noche enjuto, o a la tarde enjuto. Esto es por abril y mayo, cuando uno se moja en el camino y llega enjuto a la posada” (121 a). A Inglaterra llega también el cuco en abril; de ahí que lo llame Spenser “messenger of spring”. Una más antigua canción del cuco comienza “Sumer is icumen” (tomo estas noticias del *OED*). El canto del cuco suena “desde la primavera hasta el fin de julio” (*Enciclopedia Universal de Espasa XVI*, 894 b).

un valor diferente al normal (¿‘cornudo’ porque la mujer pondría preferentemente los cuernos a un marido circunciso? ¿porque los pueblos circuncisos –enemigos de los griegos en determinados momentos– recibieron alguna vez la tacha genérica de ‘cornudos’?) o, si la palabra mantiene su sentido originario, los “circuncisos” serían entonces los responsables directos de la aparición de la cornamenta en la frente del desdichado prójimo (aunque para el griego la circuncisión tiene un sentido negativo: ser ψωλός es la última calamidad que le puede pasar a Pluto, que ya de suyo era el rigor de las desdichas antes de visitar el templo de Asclepio [Ar. *Plut.* 267], sin embargo ἀπεψωλημένος, ‘descapullado’ [Ar. *Ach.* 161, *Pax* 904], se dice gráficamente del hombre que tiene una fuerte erección [*Lys.* 1136, *Plut.* 295]: “tentigine pereō” y “arrectis veretris” traduce respectivamente en uno y otro pasaje Brunck –el imaginario compañero de farra, por mor de la rima, de aquel tan *uinosus* como eximio *scholar* que se llamó R. Porson²⁴–). En cambio, si la referencia al marido burlado se acaba en la onomatopeya, la única solución es aceptar la interpretación tradicional: ψωλοί (cf. ψωλή ‘mentula’ en Ar. *Lys.* 143, cf. en lat. el par *uerpus/uerpa*) y πεδίονδε se referirán entonces a los órganos sexuales del hombre y de la mujer respectivamente. La primera alternativa –y, dentro de ella, que ψωλός esté usado en la segunda acepción, ‘empalmado’, y que se juegue asimismo con la ambigüedad de πεδίον– es la que me parece más probable.

Un segundo sentido podría haber tenido también el verbo κοκκίζω, ‘cantar *cucú*’ y de ahí, si está en lo cierto lo afirmado anteriormente, ‘llamar cornudo a alguien’. Es el valor que, a mi juicio, tiene κοκκίσω en Ar. *Ran.* 1380: Esquilo y Eurípides han de cantar sus versos hasta que el desvergonzado Dioniso les grite ‘cucú’, un ‘cucú’ dicho evidentemente con doble intención y dirigido con toda probabilidad a Eurípides –el blanco de todas las burlas de Aristófanes–, una vez que en la balanza, para gran satisfacción del cómico, hubiera pesado más el verso de Esquilo²⁵. Quizá me deje arrastrar por la fantasía, pero me siento tentado a

²⁴ Como cantó jocosamente el propio inglés en su epigrama (H. Ph. Dodd, *The Epigrammatists* [Londres 1876] 471):

I went to Frankfort and got drunk
With that most learned Professor Brunck.
I went to Wortz and get most drunken
With that more learned Professor Ruhnken.

²⁵ L. Radermacher, inverosímilmente, refiere el verbo al gallo, no al cucu. “κοκκίζειν gilt eigentlich vom Krähen des Hahns. Weil dieser aurorae praeco ist, sagt man übertragen auch vom Herold κοκκίζειν” (*Aristophanes Frösche. Einleitung, Text und Kommentar*, reimpr. 1967, 332). Su autoridad se refleja también en W. W. Stanford, cuando escribe que el verbo “represent...shrill cries in general or, in particular, the cock’s crow or (less frequently) the cuckoo’s call” (*Aristophanes. The Frogs* [Macmillan, 1958] 191). Bien es verdad que en Ar. *Eccl.* 30-31 el gallo, el heraldo por antonomasia, cacarea (κοκκίζει; la alusión al segundo canto del gallo es recogida en vv. 390-391); pero en *Las Ranas* la posible anfibología se deshace con la explícita onomatopeya κόκκυ, que no habría de emplear Aristófanes con dos sentidos diferentes. Los escolistas se limitan a glosar: συρίσω, σύνθημα δῶ (L. Massa Positano-D. Holwerda-W. J. W. Koster, *Scholia in Aristophanem*, IV [Amsterdam 1962] 1090; A. Martin, *Les scolies du manuscrit d’Aristophane à Ravenne, Étude et collation* [Paris 1882] 85).

descubrir también este segundo sentido en Teócrito 7, 123 (ὁ δ' ὄρθριος ἄλλον ἀλέκτωρ / κοκκύσδων νάρκαισιν ἀνιανοῖσι διδοίη), donde el empleo de κοκκύζω en un contexto de amor desgraciado encierra posiblemente una malévola ironía. Las peripecias del cuco y del gallo (es proverbial también la promiscuidad sexual de las gallinas) han dado lugar a otros emparejamientos semánticos parecidos. Cito un ejemplo: “le passage de la forme d’a. fr. *cucu* à *cocu* est probablement dû à l’influence des mots formés sur *coq*”²⁶.

2. DE INSCRIPCIONES DE HISPANIA

La estupenda *Hispania epigraphica*, coordinada con tesonera y admirable eficacia por Isabel Velázquez, nos viene dando desde hace años una utilísima revisión de las últimas novedades que nos van deparando en este campo la Arqueología, la Filología y la Historia Antigua. La lectura de uno de sus tomos, el noveno, me ha sugerido una serie de comentarios que paso a exponer a continuación.

Una inscripción griega hallada en Alicante reza: Οὐλόσιος [Σύν]τροφος [Νικομη]δεὺς ναύκληρος μετὰ τοῦ πληρώματος καὶ πλ[ανητῶν] ΣΝΩΚΑΙΚΟ... (cf. *HEp* IX [2003] 5, n° 12). No entiendo el suplemento πλανητῶν propuesto por J. Corell. Más bien la secuencia καί... καί induce a pensar que siguen otros nombres propios. En Πλ se puede ocultar, por ejemplo, Πλάκιος, Πλάμιος ο Πλαύτιος, unos *nomina* tan latinos como el anterior *Volusius*. El resto es más enigmático. Pero si la lápida trae KO, podría tratarse muy bien de otro antropónimo: un Κούιντος, por ejemplo.

Pro salute domini nostri Laribus basis marmoreas IIII tur(---) tumulum haeneam lucernam biluci mon(---) aerea tabulas encausto pictas IIII clypeum et uelum Optatus seruius de sua pecunia. Así lee últimamente R. Zucca esta lámina de bronce de Pollensa (cf. *HEp* IX [2003] 71, n° 239). Creo que quizá pueda apurarse un poco más la lectura: *biluci mon* no ha de ser más que *bilucinon*, esto es, *bilychnon* (*lucerna bilychnis* aparece en Petr. 30, 3), un híbrido entre el griego y el latín que en este caso, para colmo, mantiene la grafía arcaizante *-luc-*, conservada sin duda por influjo de *luceo*. Un ejemplo parecido de conservación de la *anaptixis* arcaica sería el *illychiniarius* del que traté en *Habis*, 4 (1973) 181 ss.

En la *deuotio* de Barchín del Hoyo publicada por I. Velázquez y J. Curbera (cf. *HEp* IX [2003] 99, n° 298) *deuoti* parece errata por *deuoui*, que corresponde al *κατηρασάμην* del texto griego.

Nunc lugeo filiam pariterque sanguinem. Esto iam placide posita Lethes in morte, quiesce iunctaque tumulo fratri simulque sorori. Así puntúa últimamente J. Gómez Pallarés estos no muy inspirados hexámetros (*CLE* 2180, con una lectura disparatada *sane comes eo* por *sanguinem esto*; *RIT* 901; cf. *HEp* IX [2003] 200, n° 537). Su interpretación me parece forzada en exceso (*esto... posita* resulta una construcción sobremanera extraña), por lo que se ha de volver a un

²⁶ *Trésor de la langue française* (París 1977) V, 974 a s.v. *cocu*.

análisis más racional y más ajustado a la métrica introduciendo en el texto, si se permite la sugerencia, una leve corrección: *pariter que* [i.e. *quae*] *sanguine mesto* [i.e., *maesto*]... *quiesce*<*t*> [i.e., *quiescit*; la secuencia tan parecida *TI* ha causado por un fácil salto de ojo la omisión de la primera letra], ‘que, igual que mi triste sangre [mis otros dos hijos muertos], yace puesta ya en la muerte de la plácida Lete [o ‘puesta plácidamente’]’. De aceptarse mi propuesta, *pariter* rige aquí un dat./abl., como sucede en textos poéticos desde la Edad de Plata (Stat. *Theb.* V 122 *ulta manu thalamos pariterque epulata marito*; en el otro ejemplo citado por los diccionarios [Claud. *De rap. Pros.* I 167-168 *scit niuibus seruare fidem pariterque fauillis durescit glacies*], hay que poner punto y coma después de *fauillis*: así J. B. Hall). Obsérvese, por otra parte, que *pariterque* ocupa la misma posición en el hexámetro que en *Theb.* V 122, ejemplo que podría aducir entonces un filólogo conservador para defender *quiesce*, dando siempre a *pariterque* el mismo valor de ‘igual que’ (en este caso rigiendo ablativo). Pero esta coincidencia invita a considerar una tercera posibilidad (τὸ τρίτον τῷ σωτήρι), que no deja de atraerme: que en la lengua hablada el grabador no distinguiera ya entre *pariterque* y *pariter quae* ni entre *quiesce* y *quiescit*; de ahí los dos errores cometidos (y las otras incorrecciones: pérdida de diptongos y confusión de *-i/-e* finales).

3. SOBRE LAS QVINQVE CLAVES SAPIENTIAE

En la Edad Media estuvieron muy de moda los trataditos escolares, como gozan hoy de gran predicamento los libros que prometen en sus títulos cosas imposibles (*Como convertirse en millonario* o *Aprenda a ser feliz en diez días*). Entre esta literatura parenética del siglo XIII ocuparon un lugar de honor las *Quinque claves sapientiae* o cinco preceptos áureos para alcanzar la sabiduría, preceptos dirigidos tanto al alumno como al profesor: unas obras que, por su ramplonería pedagógica, provocaron muchos años después la náusea y el desprecio de Antonio de Lebrija. En 1969 A. Vidmanová-Schmidtová editó en Teubner con muy encomiable diligencia dos de ellos: la *Rudium doctrina* y la *Vita scolastica* de Bonvesin de la Riva.

El primero no ofrece grandes dificultades de edición, aunque en determinados pasajes yo hubiera escogido otras variantes (así, 158: *mente* en vez de *arte*; 310 *studeat* en vez de *studeant*) o hubiera preferido otra puntuación (así en vv. 249-50: *Nec nimium nugas referat, cum querit ab ipso. Talia nam reliquos sepe grauare solent*, “y no responda con chanzas cuando se le haga una pregunta, pues tales cosas suelen apesadumbrar a los demás”; la editora pone coma después de *talia*). El autor anónimo muestra una marcada preferencia por formar los superlativos por medio de *per-*: *perstudiosa* (102), *perhonestata* (221), *peridonea* (321), una manía característica que no siempre ha advertido la editora, ya que en los dos últimos casos imprime *per honesta*, *per idonea*. También merecen figurar entre las particularidades léxicas en v. 29

seratur, ‘está cerrada’, 59 *simulantur*, ‘se parecen’ y el muy frecuente *documenta*, ‘enseñanzas’.

Más complicaciones tiene la *Vita scolastica* de Bonvesín da Riva, conservada también en no pocos manuscritos. El latín del poema es menos correcto, aunque no por ello deja de utilizar glosas (*orsum* por *horsum*, ‘hacia acá’ [637], *ir*, ‘palma de la mano’ [168, 657], *dicas*, ‘escrituras’ [735]); pero se cuelan neologismos de la lengua hablada (*banca* [880] o *bancus* [‘437] ‘banco’; *bursa* ‘bolsa’ [22, 182, 201, 259]; *contabere*, ‘preguntarás’ [739]; *noua* ‘nuevas’ [59, 66]; *paste* [829] y *pastibus* [167] ‘pasta’; *placitare*, ‘pleitear’, ‘discutir’ [666]; *uerridia* ‘disputas’ [499, 505, 829]; *villanum* ‘villano’ [605]) o palabras con acepciones poco usuales (*cari* ‘personas que te quieren’, ‘amigos’ [81, 667]). De las formas poéticas en *-men* son aceptables *fundamen* (196), *sollicitamen* (797) y *turbamen* (463, 687), pero sorprende *amamen* ‘amor’ (121). Hacen la competencia a *sum* los verbos ya sabidos: *stato* ‘esto’ (27) y *existens* ‘siendo’ (308). Notables son también *stultizat* (288), *surrige* ‘surge’ (404) y *olfandi* (266).

De los artificios del epigrama le chiflan a Bonvesín los llamados versos correlativos (un ejemplo: *Anth. Lat.* 391). Valgan de muestra 279 ss.:

Lapsis, turbatis, prauis, dubitantibus, egris
Trade manum, mel, fel, consule, profer opem.
Iratis, rudibus, prouectos moribus aptos,
Cede locum, prosis, consule, sepe proba.

Hay que construir, en efecto, *trade manum lapsis, mel turbatis, fel prauis, consule dubitantibus, profer opem egris* y así sucesivamente. Otro ejemplo aislado tenemos en 841-842, si bien lo normal es que el preceptista haga orgullosa gala de su saber y maestría métrica ensartándolos en largas ristras: una enojosa y prolongada serie de versos correlativos se halla en 459-470, trenzando alabanzas a la Virgen María. La repetición del empalagoso artificio causa hastío, como tan prudente como discretamente observó Jorge Fabricio siglos después: “Non videtur commoda adolescentulis haec exercitatio, quae plus habet operae et difficultatis quam utilitatis aut praestantiae, et nihil citius affert fastidium quam quod est affectatum”²⁷.

Paso a comentar a continuación algunos pasajes de la obra, necesitados de explicación o de enmienda.

225 ss. *Hoc uicio multos iam desperasse refertur,*
Qui proprie demum causa fuere necis.
Prodidit hinc Cristum Iudas, se Crassus et ipsum.
Vstus aque guttam diues habere nequit.

²⁷ *Georgii Fabricii Chemnicensis de re poetica libri septem, cum indice rerum et verborum locupletissimo* (Paris 1584) 324. El libro, que busca más la práctica que la teoría, está dedicado por el impresor, Jerónimo de Marnes, al nobilísimo príncipe Claudio de Lorena, hermano del “dux Aumallaeus”.

La mención de Craso contraría la idea expresada, ya que Craso no cometió suicidio, pero Judas sí. Está claro, a mi juicio, que se dedica todo el verso al discípulo traidor, como el siguiente al rico Epulón, el segundo caso que se cita como colmo de la codicia: *crassus* aquí significa ‘necio’, ‘estúpido’ (como *pin-guis*). La idea general indica, por otra parte, que debe aceptarse el *perdidit* de V (se ejemplifica la pérdida, no la traición): “por la avaricia perdió Judas a Cristo, y el insensato [se perdió] a sí mismo”.

245 ss. *Qui solidum soluat, nummus bene traditur illi:
Denarius nummos tempore mille ualeat.
Largus doctrinam, decus, es de iure meretur,
Hunc Deus ac homines, est quia liber, amat.*

Bonvesín está entonando una encendida alabanza a la liberalidad. La editora no ha comprendido bien, al parecer, el sentido general de 245 ss. Quien presta a un hombre solvente multiplica su dinero, dado que la gratitud acrecienta el valor del préstamo, de suerte que, al final, diez monedas [un denario] acaban por convertirse en mil. De la misma manera el hombre liberal merece multiplicar su sabiduría, pues lo aman Dios y los hombres. Y esa idea, la de multiplicar, se halla expresada en el v. 247 mediante una palabra clave: *decus* no es más que *decussis* (*ThLL* V 1, c. 248, 67 ss.) con una primera sílaba larga sin duda por influjo de *decutio*; y aun, para arreglar el verso, me atrevería a proponer un análogo *decusside*, declinado a la manera de los temas en *-is -idis* (como *cassis*). El pensamiento expresado en el primer dístico aparece dos veces más: en 689 *qui cito, letanter, plene dat, tempore bis dat*, ‘quien da a tiempo, con el tiempo da dos veces’, donde *tempore* está usado con el mismo sentido que en 246 (no lo entiende así la editora que, erróneamente a mi juicio, pone coma después de *dat*, integrando *tempore* en la primera oración: ‘a tiempo’), y en 698 *denarius solidum dans ratione datur*. En este último caso la construcción sintáctica es enrevesada –algo no infrecuente en nuestro autor–. Creo que *dans* es un nominativo absoluto: se debe puntuar, en consecuencia, *denarius, solidum dans ratione, datur*, ‘si se da una moneda sabiamente, se dan diez [un denario]’.

550 ss. *Non ‘Heus’ aut ‘Domine’ redde uocatus ei.*

Al maestro no se le puede tratar de mala manera con un ‘eh, tú’ (*heus tu*)²⁸, sino con todo respeto, dándole el título de ‘señor’ (*domine*). Bonvisín establece de manera clara una oposición entre el discípulo maleducado y el alumno respetuoso, contraste que se obtiene leyendo *non ‘Heus’, at ‘Domine’*; y *at* es la lectura de buen número de códices, desdeñada sin razón por la editora.

731 *Vtque legas melius, uictu tibi sobrius esto:
Crapula discipulis ebrietasque nocent.*

²⁸ Cf. J. B. Hoffmann, *Lateinische Umgangssprache* (Heidelberg 1951) 15.

Victu parece errata por *uictus*.

739 *Doctorem, socios, doctos contabere sepe*
 Et minimos eciam, discere si qua potes.

Sobra la coma después de *socios*. Se contraponen las dos categorías: el maestro (*doctor*) y los condiscípulos (*socii*), pero dentro de éstos sólo le merecen atención a Bonvesín los *docti*, los que pueden resolver una duda, aunque nunca se deba despreciar el consejo de los *minimi*. La misma oposición de docentes y discentes vuelve a aparecer en 793 *doctores, socios artis decorabis amando*.

895-896 *Ne paciare malos laxis transcurrere frenis;*
 Quando recalcitrant, utere calcar eis.

Por *calcar eis* léase *calcareis* o *calcariis* (así T): “si se encabritan, usa las espuelas”.

875-876 *In thalamo sapiens, ubi uideris esse periculum,*
 Candele prohibe ne teneantur ibi.

El dormitorio de los alumnos tenía una luz encendida en los monasterios visigodos (*Vit. patr. Emer.*, I, p. 7, 15 Maya). Es lo que, sin duda, se recomienda hacer aquí en caso de sospecharse que algún peligro atenta contra la castidad. Por *teneantur*, en consecuencia, sugeriría leer *tenuentur*.

898 *Ne stertas tempus, cum uigilare petit.*

La coma debe ir detrás de *stertas* (‘para que no ronques, cuando la ocasión exige que estés despierto’).

927 ss. *Cura scribendi non desit, cura legendi –*
 Leccio – negligitur, scribere quando uiget.

La puntuación de la editora demuestra que no ha entendido el texto, que corre así:

Cura scribendi non desit cura legendi:
Leccio negligitur, scribere quando uiget.

“Por la preocupación de escribir no se abandone la preocupación de enseñar: la enseñanza se desdeña cuando obsesiona la escritura”. Moraleja: hay que combinar sabiamente la investigación y la enseñanza, conclusión que suscribiría gustoso cualquier ministro de Educación.

V. LA ROSA ENTRE LAS ESPINAS

En un erudito artículo, L. M. Girón-Negrón²⁹ ha señalado, siguiendo a Th. Perry, paralelos del s. XIV y XV a los famosos versos de Santob:

²⁹ “La rosa y el espino de Santob de Carrión: breve nota sobre un motivo filosófico”, en P. Piñero (ed.), *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva* (Sevilla 2005) I, 251 ss.

Por nasçer en espino	non val la rosa, çierto,
Menos, nin el buen vino	por salir del sarmiento,
Non val el açor menos	por nasçer de mal nido,
Nin los enxemplos buenos	por los dezir judío.

Ninguno de ellos ha reparado, sin embargo, en que esta metáfora –el “buen” judío comparado a la rosa entre espinas– tiene una larguísima tradición en la Península Ibérica. El primer ejemplo, que yo sepa, se encuentra en la *Crónica mozárabe del 754*: el metropolitano Julián de Toledo, que floreció en el reinado de Égica, es presentado como *ex traduce Iudeorum ut flores rosarum deinter uepres spinarum productus* (31, p. 28, 8-9 Gil), frase copiada al pie de la letra por Rodrigo Jiménez de Rada (*De rebus Hispanie*, 3. 13 [p. 93, 31 Fernández Valverde]) y traducida también literalmente por Alfonso X el Sabio en su *Primera Crónica General*: “salió de entre los iudíos assí como sal la rosa de entre las espinas” (541 [I, p. 301 a 1 ss. Menéndez Pidal]); como se ve, un ejemplo famoso. La metáfora se aplicó poco después a otros casos paralelos. Con las mismas palabras consoló San Eulogio a Flora, cuando la doncella, nacida de madre musulmán y madre cristiana, esperaba en la cárcel el martirio a que la habría de condenar el cadí: *tu lupino creata coitu et oue matre progenita quasi ex sentibus rosa frondescis* (*Doc. mart.* 1, 20 [p. 471, 9 ss. Gil]): nótese, de paso, que el color de la rosa prefigura la muerte martirial. Puede que el origen último de la expresión, en tiempo muy remoto, fuera el *ut lilium inter spinas* del *Cantar de los Cantares* (2, 2), aunque no está de más indicar que la relación de la rosa con la espina –y el Amor– dio lugar a no pocos epigramas tanto griegos como latinos (cf. *Anacreontica* 5; 40, 1; 53; 70; *Anth. Lat.* 85-87, 286.44). Sin embargo, lo que me interesa señalar ahora es la utilización secular de la metáfora en la polémica antijudaica. En el primer ejemplo, mediante el tropo, se justifica la valía excepcional de San Julián desde el punto de vista cristiano; pronto, sin embargo, la metáfora fue empleada por el bando opuesto con idéntica finalidad como prueba de la propia excelencia. El uso, pues, acabó desvirtuando el significado prístino de una figura que, evidentemente, estigmatizaba en un principio a los judíos (y más tarde a los musulmanes) hasta que fue adoptada y adaptada a las circunstancias por aquellos mismos a quienes se quería hundir en el oprobio.

V. VIRGILIO Y CERVANTES

No es cuestión ahora ni mucho menos de registrar todas las reminiscencias de Virgilio en el *Quijote* por hacer cucamonas al dichoso centenario. Mi única intención es destacar que el último deseo del caballero andante, ser pastor, se corresponde con el último deseo de Galo en la *Égloga X* de Virgilio. Muriendo de pasión, Galo se imagina, en vano sueño, pasando el resto de sus días en una feliz Arcadia, como guardián del rebaño o vendimiador de la uva madura, recostado en un sauce a la vera de su amor:

*Atque utinam ex uobis unus uestrique fuisset
Aut custos gregis aut matura uinitor uuae
Certe siue mihi Phyllis siue esset Amyntas
Seu quicumque furor (quid tum, si fuscus Amyntas?
Et nigrae uiolae sunt et uaccinia nigra)
Mecum inter salices lenta sub uite iaceret (35 ss.).*

De la misma manera D. Quijote “tenía pensado hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podía dar vado a sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio” (II, 83 [p. 1213 Rico [ed. de Crítica)]) Y tal como Galo pretende eternizar sus amores esculpiéndolos en los árboles:

*Certum est in siluis inter spelaea ferarum
Malle pati tenerisque meis incidere amores
Arboribus; crescent illae, crescetis, amores (52 ss.),*

así el bachiller Sansón Carrasco propone “que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre”. Ya se había hecho alusión a la misma costumbre en I 12 (p. 133 Rico), donde en erudita nota (II, p. 302) se aduce el pasaje de Virgilio citado aquí. Pero era en ese penúltimo capítulo de la obra donde más falta hacía esa cita. A mi juicio, en efecto, y no tengo ahora tiempo para ver si alguien más ha avanzado esta idea, Cervantes ha fraguado esta postrera y melancólica ilusión de D. Quijote sobre la postrera ilusión, finalmente también frustrada por el desengaño (v. 63: *ipsae rursus concedite, siluae*), del Galo de las *Bucólicas*, haciendo que, como el Galo virgiliano, el caballero andante renuncie por su propia voluntad a su nueva quimera, aceptando sumiso la dura realidad: reconocimiento que pone fin a su vida y a la obra, como en las *Églogas*.